

§ III

EL MAR MUERTO.

(*Bahr-el-Luth.* Mar de Lot.)

Febrero 18.

A las cuatro de la mañana salimos del convento de Bar Saba. Recibieron los monges de mano de nuestros dragomanes la recompensa debida por la hospitalidad de la noche anterior; diéronnos los griegos muchas gracias (*efcarí stosso*), y partimos rumbo al Mar Muerto.

Al salir del convento, atravesamos el lecho en seco del torrente Cedron, y entramos en espantoso estéril desierto. Las montañas resonaban por todas partes y repetían el ruido de las pisadas de nuestras cabalgaduras. Hubiérase dicho que un ejército marchaba por aquellos desfiladeros.

De tiempo en tiempo, alguno de nosotros decía una palabra en voz alta, y mil veces la repetían con acento cavernoso los ecos. Aquel desierto árido y montañoso era imponente, envuelto en la oscuridad de las primeras horas de la mañana. Los ecos repetidos de serranía en serranía, parecían ser la voz con que la soledad respondía al acento de la vida.

Muy á poco comenzaron á lucir los primeros albores de la mañana; pero los sitios que atravesábamos no se poblaron de los rumores y el bullicio con que á la aurora se despierta la naturaleza.

Bajamos montañas tras montañas, y descendiendo por aquellas gradías gigantescas, no cesábamos de encontrar un abismo al pié de cada eminencia. Estábamos en pleno dominio de los beduinos. Sobre la altura, y en los profundos valles, distinguíamos las tiendas oscuras de sus campamentos, como otras tantas manchas negras, sobre el fondo amarillento del paisaje. Llegamos á un sitio donde la senda estaba

obstruida por un monton de piedras, hacinadas allí por la mano del hombre. Ibrahim extendió la mano y nos señaló una blanca montaña que quedaba á nuestra izquierda, diciéndonos:

—Es *Nebi-Mussa* (la montaña de Moisés). Los musulmanes han amontonado estas piedras para avisar que desde aquí se la descubre.

—¿Por qué se da á esa montaña el nombre de Moisés? pregunté al dragoman.

—Porque hay una tradicion sobre ella, me contestó, que asegura estar allí depositado el cuerpo de Moisés.

—Pero Moisés murió en el monte Nebo, repliqué, pues así lo dice la Escritura.

—Efectivamente, pero los musulmanes por su ignorancia, han confundido los sitios. Cuando conquistaron el país, encontraron en ese monte un convento cristiano. Por cualquier motivo se les antojó que tal convento estaba erigido sobre la tumba de Moisés, y sin mas preámbulos, arrojaron á los monges, y pusieron en su lugar algunos *der-wishes* que honrasen con oraciones perpetuas aquel sitio. Estos fanáticos tienen celo tan grande por guardar el pretendido sepulcro del Profeta, que castigan con la muerte á los cristianos que osan traspasar los umbrales del antiguo convento.

—Y ¿cómo cuentan los mahometanos la muerte de Moisés? esa tradicion debe ser curiosa.

—Segun ellos, continuó Ibrahim, Moisés habia llegado á la edad de ciento veinte años, y se conservaba listo y robusto como un jóven, pues Dios le habia prometido no sacarlo de este mundo hasta el momento en que el profeta descendiese voluntariamente á la tumba. Moisés alargaba todo lo posible su vida, pues conocia que siendo su pueblo de dura cerviz, excitaria despues de su muerte la cólera de Dios. Pero el Eterno habia decidido ya llevarlo á su gloria. Un dia en que Moisés hacia un paseo por las montañas, miró cuatro hombres que tallaban una caverna en la roca. Estos hombres eran ángeles disfr-

zados que él no conoció. Moisés les preguntó qué hacían, y ellos le respondieron que cavaban un retiro para su rey. Hacía un calor sofocante. El profeta fatigado entró en la caverna y se sentó en el banco de piedra que había en el fondo. Uno de los ángeles se acercó á él y le ofreció una hermosa manzana, que él aceptó gustoso. Apenas Moisés hubo aspirado el perfume de esta fruta, cuando el sueño de la eternidad cerró sus párpados. Su alma fué llevada sobre las alas de los ángeles hasta el trono de Dios. Este es el motivo por que el monte, aunque blanco en el exterior, es bajo su capa de blancura, más negro que una tumba.

Pocos momentos despues llegamos á un punto desde donde descubrimos por primera vez el Mar Muerto, cuyas aguas inmóviles y azules reposan en profundísima hoya rodeada de montañas.

A nuestro paso la senda estaba sembrada de piedras negras calcinadas. El *mukr* tomó dos de ellas y golpeándolas entre sí partió una por el medio. Tan luego como la hubo partido, salió de aquella piedra espesa humareda que despedía olor pestilente.

El descenso era de tal manera rápido, que tuvimos necesidad de echar pié á tierra y de caminar á pié buen trecho. Llegamos de esta suerte á un valle que se abre en la garganta de dos montañas cercanas. El rastro de un torrente nos servía de camino. Como allí el terreno está plano, d'Audiffret-Pasquier y yo, deseosos de avanzar lo mas posible, echamos á galopar el uno en pos del otro. Ni un momento se nos ocurrió volver la cara atrás para indagar si éramos seguidos por el resto de la caravana. Galopamos durante media hora, y de pronto encontramos el valle cerrado por una montaña que se alzaba al frente como una muralla. Detuvimos por espacio de diez minutos para dar tiempo á que llegaran nuestros compañeros, pero viendo que no llegaban, subimos trabajosamente á la cumbre de la montaña, y echamos una mirada hácia atrás. Nos habíamos apartado de la caravana, pues no venía en pos de nosotros, y comprendimos que andábamos extraviados. No había en aquel sitio rastro alguno que indicara

la senda que deberíamos seguir. Volver atrás era perder el tiempo; no encontraríamos á nuestros compañeros y no tendríamos quien nos dirigiera.

Resolvimos continuar adelante, tomando por guía las aguas del Mar Muerto, que desde allí descubriamos. Seguimos caminando por la falda resbaladiza de la montaña. A poco andar tuvimos necesidad de descender, y perdimos de vista el Mar Muerto. Marchamos por el rumbo que nos pareció mas acertado, y nos echamos en brazos del acaso. La senda se fué haciendo mas y mas impracticable, hasta que llegamos á un lugar donde nos fué preciso echar pié á tierra. Así caminamos por espacio de veinte minutos asiéndonos trabajosamente á las piedras del monte, para no precipitarnos en el abismo. Nuestros caballos estaban poseidos de terror, y sus cuartos traseros resbalaban á cada instante. De esta manera llegamos á una estrechura espantosa que hace un recodo. A la izquierda se veía un valle profundo, cuyo fondo está cubierto de enormes piedras; á la derecha se levantaba la montaña casi perpendicularmente, sin presentar el mas ligero punto de apoyo para pié de hombre ni de caballo. Era preciso saltar sobre el abismo para pasar al otro lado.

Antes de apelar á ningun recurso extremo, gritamos con toda la fuerza de nuestros pulmones, llamando á nuestros compañeros, pero fué en vano. Nuestra voz se apagaba en aquella inmensidad como un leve quejido. Las montañas calizas que nos rodeaban no tenían eco. Resolvímonos á intentar aquel salto mortal.

Iba yo por delante y debía saltar el primero. Añadí mi látigo á la brida del caballo, me encomendé á Dios mentalmente, y salté. Caí felizmente al otro lado sin lesion ninguna. Quedaba, sin embargo, la dificultad de hacer pasar el caballo. Sentía lástima profunda hácia el pobre animal, pues tenía por seguro que iba á despeñarse. Subí algunos pasos por la pendiente y tiré con fuerza de la brida, volviendo la cara para no verlo. El generoso bruto opuso al principio gran resistencia, pero vencido por la fuerza con que yo tiraba del freno,

hizo impulso desesperado y brincó. Lo sentí caer un poco abajo de mí y volví los ojos lleno de júbilo. El pobre animal luchaba en aquel instante por asirse á las escabrosidades de la montaña, y estaba alargado sobre el rápido declive con las orejas echadas atrás y dando gemidos de angustia. Seguí tirando de la brida, y el caballo, haciendo esfuerzos extraordinarios, logró ponerse en lugar de salvacion.

Quedé yo, por tanto, fuera de riesgo, pero no así mi compañero, que me veía de la otra parte con ojos de envidia. Aconsejéle que tomase ánimo é hiciera lo que yo habia hecho, seguro de que el peligro no era tan grande como se veía. Él, sin embargo, permaneció largo rato perplejo, no atreviéndose á intentar aquel salto. Nos encontrábamos en esta situacion difícil, cuando oimos voces arriba. Entonces gritamos: *Ibrahim! Ibrahim!* á lo cual escuchamos con placer que el dragoman contestaba:

—Por aquí, señores, por aquí!

Muy luego apareció el guía á caballo sobre la montaña y descendió adonde yo me encontraba.

Animado ya entonces d'Audiffret con la presencia de su dragoman, reunió sus fuerzas y brincó briosamente, salvando con facilidad el abismo. Ibrahim se encargó de hacer pasar al pobre animal, lo cual consiguió menos que con tirar de la brida, con lanzar gritos agudos y salvajes.

Mirámonos, pues, sanos y salvos, caballos y caballeros, del riesgo en que nos habiamos encontrado. Nosotros los ginetes manifestamos la satisfaccion de nuestro pecho sonriendo alegremente y disertando con el corazon aliviado, sobre el caso ocurrido, en tanto que los pobres caballos manifestaban su júbilo sacudiendo sus lomos y sus crines.

Montamos en seguida, y trepando por la montaña que estaba delante, encontramos á la caravana, que nos pidió noticias sobre nuestro extravío y se interesó vivamente con nuestro relato.

De allí en más, nuestro camino fué fácil y exento de riesgo.

A las doce del día llegamos al Mar Muerto. Nada mas encantador é imponente que el aspecto del Lago Asphaltito. Encerrado entre dos cadeas de montañas que se extienden al sur, dilata su superficie cristalina y limpida, tranquila en medio de su cautiverio. Todos sus contornos son tétricos. Las peladas serranías que se miran por ambos lados están desprovistas de vegetacion, en tanto que sobre el suelo árido se miran grandes manchas de sal marina de trecho en trecho. Crecen por allí diseminados algunos cardos y otros arbustos espinosos, entre los que levantan sus tallos amarillentos las cañas silvestres. Las aguas son cristalinas y de risueño aspecto, y al través de ellas se dejan ver las arenas del fondo. Bastante pesadas para que el viento las levante, se rizan tan solo blandamente lamiendo sus orillas.

Esta mar se encuentra mil ciento setenta y un metros mas baja que Jerusalem, y trescientos noventa y dos mas baja que el nivel del Mediterráneo. Su longitud es de veinte leguas, y de trescientos metros su anchura. Su profundidad es asombrosa. A su extremo sur se levanta el monte Nebo. Allí fué donde Moisés subió, por orden de Jehová, para ver la tierra prometida, que no debia pisar nunca. Y murió allí Moisés, en la tierra de Moab, despues que Dios le hubo dicho: «Esta es la tierra que juré á Abraham, diciendo que la daria á su posteridad; hétela hecho ver con tus ojos, mas no pasarás allá.» Y nunca mas, como lo dice el Deuteronomio, se levantó profeta en Israel como Moisés, á quien haya conocido Jehová cara á cara.

El profeta Jeremías ocultó en una caverna de ese monte el Tabernáculo, el Arca de la Alianza y el Altar de los inciensos.

Antes que este mar sin vida extendiese sus aguas infecundas por estos campos, habia aquí una fértil llanura regada por el Jordan, que servia de asiento á trece ciudades.

El rio se desbordaba de tiempo en tiempo como el Nilo, y convertia la inmensa planicie en huerto risueño. Aquí vino Lot con sus siervos y sus rebaños á establecerse, despues que se hubo separado

de Abraham. Pero los habitantes del país, que eran descendientes de Cain, se habian abandonado á toda especie de crímenes y abominaciones, y toda carne, como lo dice el Génesis, estaba extraviada de su senda. Irritado Dios contra estas ciudades, hizo llover sobre ellas azufre y fuego de los cielos, y las destruyó, y toda aquella llanura con sus frutos, y los moradores de la tierra.

Dios habia puesto en salvo á Lot y á su familia; pero la mujer de Lot, contra el mandamiento de Dios, volvió la cara atrás y fué convertida en estatua de sal, en castigo de su desobediencia. Abraham miró desde lejos aquella inmensa llanura destruida, y el humo que subia de la tierra como el humo de un horno.

Ningun nombre puede concebirse mas apropiado á la cosa á que se aplica, que el que se da á este mar. Muerto parece en efecto, por sus playas estériles, por sus aguas inmóviles, por el sepulcral silencio que á sus orillas reina. Este lugar, hasta la época presente, parece estar maldito. Hundido en la tierra como abismo inmenso, recibe los rayos de un sol ardiente; el viento, detenido en las montañas que lo rodean, no desciende á la hoya gigantesca; y olor pestilente y mefítico se levanta de sus aguas cargadas de sales. Antes de la catástrofe de la Pentápolis, el Jordan regaba estos campos, haciendo de ellos un paraíso de delicias. Realizado el tremendo cataclismo, ministro de la cólera de Dios, ardió este suelo, cargado de betun, con el fuego que llovió de la altura. Hundióse el terreno, y levantáronse en el camino del golfo Elanítico montañas que interceptaron el paso al Jordan. Caido este del Anti-Libano en tan inmensas profundidades, quedóse estancado formando charco pestilente, y sus aguas, puras y mensajeras de la vida, cargáronse de las estériles sustancias del tremendo abismo, y se convirtieron en mar sin movimiento y sin vida. Si esta laguna no crece de dia en dia, conforme recibe las aguas que le vienen de fuera, es porque en medio del terrible calor que la baña, se levantan constantemente de su superficie masas inmensas de vapores, como de un enorme caldero.

Las aguas del Mar Muerto no solo son enemigas de toda vegetacion, sino en general de toda vida. No hay un solo ser que aiente dentro de sus aguas ni arrimado á sus bordes. Huyen los hombres de ellas para levantar sus ciudades y para plantar sus tiendas, y los mismos peces que llegan por la corriente del Jordan, mueren apenas entrados en sus aguas, y sus cadáveres son arrojados á las arenas de la orilla, por aquellas ondas mortíferas.—

Echamos pié á tierra, como lo he dicho, frente á unas ruinas que se descubren á poca distancia de la orilla, ruinas cuya procedencia es desconocida, y que los árabes llaman *redjom Luth* (el monton de Lot.) En derredor de nosotros no habia ni la mas ligera sombra; no crecian por allí ni árboles, ni plantas, ni yerbas. Algunos troncos secos que el Jordan habia arrojado en el mar, y que el mar á su vez habia arrojado de su seno, yacian diseminados en la ribera, cubiertos de capas salinas. Nuestros dragomanes se apoderaron de cuatro de estos troncos, y clavándolos en la arena, echaron sobre sus puntas un enorme capote (*ábehy*) perteneciente á uno de los beduinos de nuestra comitiva; de suerte que tuvimos una tienda de campaña improvisada, debajo de la que pudimos reposar y guarecernos de los rayos abrasadores del sol.

Como me sentia muy fatigado y estaba sudando á mares, no me resolví á bañarme en el Mar Muerto, ni ninguno de mis compañeros quiso hacerlo, excepto M. Lavoisier.

Despojóse prontamente de sus ropas, se echó en el agua, y llegó nadando hasta las ruinas que teniamos al frente. Subió sobre aquel monton de escombros, y lo examinó atentamente. Despues nos dijo que no cabia duda en que eran restos de una construccion antigua, formada con grandes piedras labradas, de dos á tres metros de longitud.

Entretanto, sumido estaba yo en la contemplacion del magnifico espectáculo que tenia ante mis ojos, y me sentia poseido de terror ante aquel rastro terrible de la cólera de Jehová, y alternaba mi con-

templacion con la lectura del erudito libro del hermano Lavinio. Este, pues, asegura, apoyado en la opinion del sabio naturalista M. de Sanley, que Sodoma (*Esdom*) estuvo situada hácia el extremo sur del Mar Muerto, en la ribera occidental; Segor ó Bala, que fué salvada á instancias de Lot, un poco al oeste de Sodoma: Seboim (*kherbet-Seboan*) á cinco leguas del extremo sur del Mar, en la ribera oriental, y Gomorra (*kherbet-Gumran*) al extremo norte en la ribera occidental.

Tres son los rios que se arrojan en el Lago Asphaltito. El Jordan, el Calirhoe, que toma su origen de unas fuentes termales que se encuentran en la montaña de Moab, y el Arnon, que el pueblo judío atravesó á pié enjuto, como lo refiere el libro de los Números.

Terminó M. Lavoisier de tomar su baño, y vino á reunirse con nosotros. Pedile muchas y minuciosas noticias acerca del agua del mar. Dijome que la resistencia que ella opone es tan grande, que hace flotar el cuerpo como si fuera de corcho, y que por consiguiente es preciso para nadar adoptar una posicion oblicua, porque teniéndola horizontal, las piernas salen del agua en tanto que el tronco se sumerge. El pobre frances traia los ojos como ascua, pues el agua le habia penetrado en ellos y le causaba ardor insoportable. Tan luego como la piel de M. Lavoisier se hubo oreado al aire, se le cubrió á trechos de grandes manchas de sal, y esto se le notaba particularmente en las cejas y en la barba.

No quise alejarme de aquel sitio sin hacer alguna experiencia en cabeza propia; así es que me acerqué al agua, me lavé la cara y las manos, y tomé un sorbo en la boca. El contacto del agua es pesado, glutinoso, y produce sensacion idéntica á la del aceite. Su sabor es amargo y corrosivo, y es imposible soportar ni por breve instante este líquido en la boca, pues quema como el aguardiente. El amargor que me produjo tal experiencia en mi paladar, me duró todo el día, y resistió aun al efecto de los alimentos.

§ IV

EL JORDAN (ESHERYAH.)

A la una y media de la tarde montamos á caballo y nos dirigimos al Jordan á todo galope. El camino está formado por pequeñas eminencias blanquecinas que afectan forma cónica perfecta, como si todas hubieran sido vaciadas en un mismo molde. Grande esterilidad reina por todas partes, y solamente de trecho en trecho se miran algunas plantas cenicientas cubiertas de espinas. Hacia calor sofocante, y nos era preciso caminar con los ojos entrecerrados, porque nos deslumbraba la luz del sol, reflejada en la blanca superficie.

Los caballos mismos parecian agobiados por la temperatura, y sudaban á mares.

De pronto Ibrahim que marchaba á la cabeza de la caravana, volvió á nosotros apresurado, y nos dijo rápidamente:

—Los beduinos.

—¿Dónde están? preguntamos.

—Allí, contestó el dragoman tendiendo la mano.

Seguimos con ojos inquietos la direccion que nos señalaba, y vimos en efecto sobre una altura multitud de beduinos.

Ibrahim nos dijo á los franceses y á mí:

—Quédense vdes. atrás. Yo marcharé adelante con el resto de la comitiva; si escuchan vdes. alguna descarga, tuerzan á la izquierda y corran á Jericó, que no está distante.

Diciendo esto Ibrahim, corrió delante de nosotros, acompañado de Fortunato, nuestros beduinos y los dos arrieros. Todos ellos al correr, echaban á relucir sus armas y las preparaban en silencio.

Nosotros galopamos tambien en seguimiento de los dragomanes, y los alcanzamos muy á poco.